EL GLOBO ARRASTRADO POR EL VIENTO

Contactar con la autora

Volver a la portada principal

Capítulo 2

Esperé a que entrara la noche y bajé a la calle. Allí estabas, como siempre, de plantón, y esta vez, malhumorada. Recuerdo que soltaste un suspiro de ansiedad cuando te di las buenas noches. Tenías cara de vinagre y se te veía cansada. Con picardía de niño, aparentando ser más inocente de lo que ya era, traté de alargar el contacto, de sonsacarte algo, de averiguar qué hacías realmente noche tras noche en el portal.

Tuve suerte. Me acariciaste el pelo con todo el cariño y yo te entregué el pantalón para tu padre. Te cambió el semblante al regalarme una sonrisa de afecto, y con el pantalón doblado sobre el brazo, me invitaste a subir. Era lo último que podía esperar. Me quedé cortado, mudo y sin respiración. La oscuridad me salvó, pude disimular en ella la extrema agitación que se apoderó de mí en esos momentos.

-Ven, David. Sube conmigo, que te tomarás unas pastas y un vinillo de misa. Eso, por el recado.

¡Vino de los curas! ¿De dónde lo habría sacado, si en esta familia nadie pisaba la iglesia? Subir las escaleras hasta el tercer piso todavía me aceleró más el corazón, pero la naturalidad y la cortesía de mi amable vecina -a quien, digámoslo de pasada, por verla siempre tan distante yo había idealizado- lograron calmarme enseguida. Sí, también ella era de carne y hueso, como todo el mundo. Más de lo primero que de lo segundo. Y hablaba, sí, estaba hablando para mí por primera vez.

Yo pensaba que nos quedaríamos en la cocina y allí me serviría, pero no, contra la costumbre que había entonces en los pueblos, entramos en su habitación. Me sentó al lado de la cómoda y puso encima una bandeja con pastas y la ampolla de vino. Sacó dos vasos y los sirvió. Uno quedó para mí y el otro se lo bebió ella de un trago.

-Tú, haz como si estuvieras en tu casa, que mientras tanto voy a arreglarme un poco el pelo. Hoy tengo más tiempo que de costumbre.

Lo recuerdo como si fuese ahora. La estancia era espaciosa; las paredes se veían encaladas y tenían un ligero tinte azulado. Las vigas eran de madera, estaban pintadas de negro y el techo acabado en bovedilla. La cama amplia, metálica, con niquelados, algo barroca. Poco podía imaginar yo entonces que fuese su herramienta de trabajo. Un armario vetusto, la cómoda con encimera

de mármol blanco y su espejo ovalado adosado a la pared completaban el mobiliario. En un rincón, la jofaina y la jarra metálicas con su soporte, revestidas de porcelana blanca y los bordes de azul oscuro. A casa de Reme, a diferencia de la mía, aún no había llegado el agua corriente.

Mientras yo daba cuenta de las rosquillas se ausentó unos instantes y apareció enfundada en una bata de felpa blanca anudada por la cintura. Vino a mi lado, frente al espejo de la cómoda. Se sentó y empezó a pasarse el cepillo sobre la abigarrada melena pelirroja. Su actitud amistosa me relajó, aunque la noté algo arisca, debió ser por la falta de éxito de aquella noche. Yo la miraba de reojo mientras se hallaba enfrascada con su pelo, contemplándose en el espejo. No pude contener mi curiosidad y le solté de repente:

-¿Qué haces todas las noches en el portal, que siempre estás allí?

Aún no salgo de mi asombro al recordarlo. Debí exagerar mi inocencia infantil para lograr vencer la timidez. Tampoco ella se cortó en la respuesta:

-Tomo la fresca.

-¿Y en invierno, cuando hace frío, también?

-No, entonces tomo el aire, David. ¿Y tú, que siempre pasas a la misma hora, qué?

-Yo vuelvo a casa de jugar en la plaza, para cenar.

Sonrió con cierto aire de malicia. No le molestó mi atrevimiento, su tono fue amable y maternal. Al menos, así quedó registrado en mi memoria.

-Hoy no te ha venido nadie.

-Has venido tú, ¿o no?

-Me las he ingeniado para poder estar contigo. ¿Qué les haces a los hombres?

Mi sinceridad, fruto del candor, no fue ahora atenuante suficiente para evitar su irascibilidad:

-Lo mismo que a ti, arrapiezo metomentodo -respondió airada.

-Bueno, bueno. Por mí no te enfades, Reme... ¿Quieres que te peine yo? Se lo hago muchas veces a mis primas...

Soltó el cepillo, suspiró largamente y lo dejó encima de la cómoda con cierta brusquedad. Yo lo cogí como quien acepta un reto y casi tuve que empinarme para poder llegar hasta lo más alto de su espesa cabellera, pelirroja, rizada, abundante... Ella me dejó hacer, y, entretanto, se dedicó a contemplar la tierna escena ante el espejo con poco disimulado entusiasmo. Parecía estar experimentando en su interior una viva y honda emoción, que mis caricias sobre su pelo estuviesen despertando en ella ignoradas sensaciones de verse mimada y apreciada, algo que, probablemente, no había experimentado jamás… Sus mejillas se llenaron con una amplia sonrisa, incluso se encendieron más de lo habitual, resaltando sobre la blancura lunar del resto de su rostro. Tal como aún persisten estos recuerdos en mi memoria, podría asegurar que todo su cuerpo se estaba dilatando por momentos, que los contornos de aquella mujer se ampliaron en franca expansión. Seguramente

estaba conteniéndose para que yo no lo notara, o al sentirse tan extraña inhibió sus emociones, pero, aun así, no dejé de captar con mentalidad de niño que mis cuidados le estaban produciendo una gran turbación.

Seguí pasándole el cepillo una y otra vez. Tomaba una mecha con una mano y con la otra lo desenredaba, lo estiraba y lo alisaba. Finalmente, empecé a cardarlo, intentando hacerle una melena espectacular, tal como les gustaba a mis primas. Era la moda del momento, aunque ellas nunca se atrevían a salir así a la calle, se veían demasiado descocadas con aquellas melenas de león...

Cuando terminé, la sonrisa contenida de Reme se borró. Sus músculos se relajaron y entonces dio recreo a los ojos para poder contemplarse a sí misma sobre el espejo. Se la veía magnífica con su cabellera imperial, inmóvil y hueca, el rostro medio escondido entre la urdimbre. Yo no le di importancia, estaba acostumbrado a hacerlo con cierta frecuencia. Pero para ella era la primera vez, según dijo después, y toda primera vez es única y queda en la memoria como ninguna otra...

Halagada de sí misma y del mocoso que había despertado en ella emociones tan liberadoras, que al parecer desconocía, comenzó a descorrer con sus dedos las solapas de la bata, apareciéndole entonces un mar de blancura sobre el pecho y la promesa de dos generosos abultamientos más abajo. Allí se detuvo. Pero, contra lo esperado, liberó primeramente sus hombros, luego se sacó los brazos de las mangas y así quedó desnuda ante el espejo de cintura para arriba, súbitamente, como tratando de evitar algún posible arrepentimiento o tener que dar marcha atrás...

Mi curiosidad infantil empezaba, si no a verse satisfecha plenamente, a obtener la primera respuesta de los muchos enigmas que me planteaba entonces el cuerpo de una mujer. Sus pechos, los de Reme, fueron los primeros que yo recuerdo haber visto en mi vida. Sorprendentes en tamaño y textura, inmaculadamente albos y lisos, con unos pezones incipientes sobre sendas areolas, amplias y de tonos virginales, tan desarrolladas que invadían de rosa pálido buena parte de aquel par de formas maravillosas. Todo se veía maternalmente generoso, aunque ignoraban el cariño cuanto sabían del deseo ajeno. Seguramente no habían recibido aún una caricia, ni un beso tierno, o un amasado suave. En cambio, debían sufrir casi a diario la avalancha de la avidez, del anhelo frenético y enfermizo, del delirio neurótico. Aunque, para bien mío, en esa noche yo no tenía aún la menor noción de semejantes miserias humanas…

Ella se estuvo contemplando un buen rato para sí, estática y majestuosa. Era evidente que le resultaba gratificante. Posiblemente, aquella imagen inmóvil sobre el espejo era el regalo que Reme me estaba ofreciendo a cambio del cuidado de su pelo. Hoy, para mí, es toda una obra de arte que ha permanecido y guardaré en la memoria hasta el final de mis días... En ese cuadro fantástico de mis recuerdos se observa el rostro de un niño incapaz de ocultar su sorpresa. Los ojos de asombro lo delatan, agazapado tras las amplias

espaldas de Reme, igualmente pálidas y complacientes para la vista que el frente, carniabundosas. Allí había dónde tocar y agarrarse, ella era perfectamente consciente, toda una explanada de tentaciones inconfesables...

Tras explayarse en el espejo se volvió y me tomó sobre su regazo con la ansiedad de una madre angustiada, sujetándome como si esperase algún tipo de resistencia. No era necesario. La contradictoria mezcla de emociones que afloraban de mi interior, la amalgama imprecisa de temor ante lo novedoso y la intensa conmoción que me causó la contemplación inesperada del busto desnudo de Reme, desaparecieron al cálido y grato contacto con sus mollas, tan suaves al tacto, acompañadas de un agradable aroma de mujer que enseguida me recordó al de mi madre...

Pero, en sus brazos, todo fue más allá. Me extasié contemplando sus senos alborozados, y el rostro, que denotaba una expresión inflamada de júbilo. Cómo gocé al encontrarme de imprevisto en tan seguro refugio. Y en el fondo de mi ser alentó por vez primera el macho dormido que todo niño lleva dentro. Las piernas, que antes me temblaban, estaban ahora relajadas y sueltas, colgando libremente de aquel trono inesperado. Lentamente, un cosquilleo delator comenzó a descenderme por el bajo vientre hasta importunar la entrepierna, donde percibí una aguda e inquietante tirantez. El contacto físico con Reme me estaba provocando la primera erección de mi vida, lo recuerdo como si acabase de ocurrir ahora mismo. Toda una incomprensible primicia para mí en esos instantes únicos.

Medio inocente, medio pícaro, me puse a jugar con sus pechos generosos. Los amasé con manos de niño, pues a la masa del pan antes de hornear me recordaron. Hice travesuras con sus pezones, se los estiré, aunque no me atreví a besarlos. Seguro que Reme lo estaba deseando ardientemente, más tarde bien que lo lamenté. Todavía estoy viendo cómo ella entornó los ojos para sumirse mejor en unas sensaciones indudablemente placenteras, a buen seguro derretidoras...

No sabría decir cuánto tiempo permanecí allí. Al cabo del rato me despidió con un beso en la frente, sin pronunciar una sola palabra. Descender tres plantas de escaleras y recorrer los escasos pasos que separaban su portal del mío me parecieron una eternidad. Ya no sentía el peso de mi cuerpo, flotaba como si me hallase en sueños. Realmente no sabía bien dónde estaba ni a dónde tenía que ir, dudé en seguir calle abajo o atravesar la entrada de mi casa…

Pese al retraso en volver, nadie se inquietó en la familia, corrían otros tiempos. Era habitual que los niños de mi edad nos perdiésemos detrás de cualquier esquina jugando a tantísimos entretenimientos con los que entonces pasábamos el rato. No hubo ni una pregunta en casa sobre aquella tardanza, así que durante la cena me sumergí en mis adentros para revivir las escenas recién sucedidas en la casa del al lado. Por supuesto, una vez en la cama, tardé en dormirme, y el sueño me atrapó en brazos de mi galante vecina...

Contactar con la autora

Volver a la portada principal

Creaciones Erotismo Fantástico